

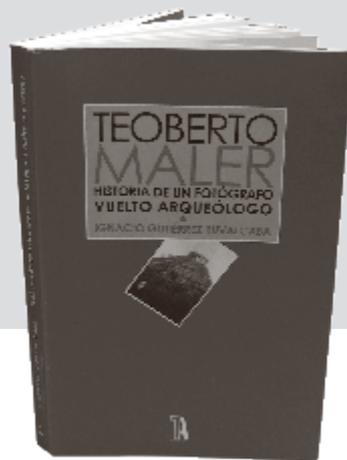
Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba

*Teoberto Maler, historia de un fotógrafo vuelto arqueólogo*, México, Conaculta-Sinafo-INAH (Testimonio del Archivo), 2009

Teoberto Maler es sin duda una estrella de la fotografía y de la exploración arqueológica en el siglo XIX mexicano. Célebre personaje que se encuentra a la altura de Désiré Charnay o el notable Alfred Percival Maudslay. Maler aparece como un personaje inasible, o escasamente conocido más allá de unos cuantos especialistas, acaso porque sus referencias biográficas publicadas difícilmente se encuentran.

Al investigador del Instituto Iberoamericano de Berlín, Gerdt Kutscher, se le deben los primeros rescates documentales que inició desde mediados de la década de 1940 y concluyeron en 1971, cuando publicó sus investigaciones en *Monumenta Americana*. Por su parte, Iam Graham realizó otro estudio en esa misma publicación alemana en 1997. En español existe un pequeño y rarísimo tomo publicado en 1932 por el editor José E. Rosado: *Impresiones de viaje a Cobá y Chichén-Itzá*, memorias del propio Maler sobre sus visitas y trabajos en esos sitios. De igual manera, tenemos otro libro tan inaccesible como las referencias anteriores: *Dos héroes de la arqueología maya: Frédéric de Waldeck/Teobert Maler* (Mérida, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1974), del historiador yucateco Carlos A. Echánove Trujillo.

Ante tantas referencias inalcanzables, resulta por demás valiosa la aparición de *Teoberto Maler, historia de un fotógrafo vuelto arqueólogo*, de Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba. Se trata de una investigación realizada a partir de la consulta de los archivos europeos, donde de inicio se exalta a Maler por sus aportes dentro de la fotografía (estudios anteriores fueron hechos por historiadores de lo arqueológico). Gutiérrez Ruvalcaba da en el clavo en varios aspectos de la vida y obra de Maler. Digamos, localiza valiosas referencias que perfilan la labor inicial de Maler como fotógrafo; por ejemplo, la relación epistolar del ingeniero Robert B. Gorsuch (*Cartas desde México*, 1894), donde se da cuenta de las andanzas del ex capitán del ejército invasor francés por Guerrero y Michoacán. Hacia 1868 Gorsuch escribió: "Por cierto, [Maler en Coyuca] instaló, en una habitación que no ocupamos, su estudio fotográfico: éste no era más que una silla, un lienzo de tela gris y, en un rincón, sus implementos químicos en una especie de habitáculo hecho con telas gruesas de



color negro". Valioso testimonio que da cuenta de las labores de la itinerancia fotográfica en el siglo XIX. Y de manera colateral, Gutiérrez Ruvalcaba traza todos los recorridos de Maler por esa zona en la que años después se desempeñaría como arqueólogo. Mientras tanto, esos primeros recorridos estaban impregnados de una labor comercial desarrollada por nuestro personaje entre los habitantes de Tierra Caliente, cuyo rescate documental sería enormemente valioso.

Se requiere detenerse para ver las imágenes que da a conocer Gutiérrez Ruvalcaba: fotografías verdaderamente sorprendentes, como la de esa hermosa tehuana que aparece desnuda, quien se despojó de sus ropas para ser retratada en 1876. ¿A qué tipo de naturaleza pertenece esta imagen? ¿A la búsqueda de un exotismo erótico por parte de Maler o a una actitud de autoafirmación por parte de la mujer istmeña? Gutiérrez Ruvalcaba propone una lectura: "Este hecho, es decir el de hacer retratos comerciales, establece una distinción hermenéutica fundamental, ya que los sujetos retratados no son individuos puestos frente a la lente bajo el principio del escrutinio etnológico y tipológico común en la retratística científica de la época. No hay que olvidar que estos individuos denotan una actitud o acción consciente al ir con un retratista a tomarse una foto; Maler, en este caso, satisface el deseo específico de sus clientes de obtener una imagen de sí mismos, para sí mismos, y su entorno familiar." Si así fuera, estaríamos entonces ante una sorprendente cultura de la autorrepresentación. Pero en el siglo XIX imágenes de esta naturaleza adquirirían tantos sentidos como los que el fotógrafo les ofrecía, o bien como los editores que las utilizaban les otorgaban, o las que le daban las instituciones (los museos) que las requerían. Ya sólo con eso Gutiérrez Ruvalcaba nos propone una fascinante discusión histórica. Y todavía faltaría señalar sus otras indagaciones: las imágenes arqueológicas del explorador, sus posiciones ideológicas, su trabajo y separación del Museo Peabody (donde se localiza gran parte de su obra), su técnica fotográfica, etcétera. Notable investigación que pone a circular de nuevo a una celebridad alejada del gran público (N. del ed.).